**Texto 1: Teseo, el vencedor del minotauro. Disponible en el texto escolar (páginas 14 a 24)**

**Texto 2: Fragmento de La Odisea, Canto XII “Las sirenas” Homero**

«Apenas había abandonado la nave las corrientes impetuosas del Océano, cuando en medio del vasto mar llega de nuevo a la isla de Eta, donde están las moradas, las danzas de la aurora matutina y el oriente del sol; llegados a aquellos lugares, mis compañeros arrastran la nave hacia la arena y se dispersan por la orilla del mar. Allí, descansando, aguardamos hasta que claree el día.

«Al día siguiente, al despuntar la Aurora de rosados dedos, yo envío a mis compañeros al palacio de Circe, para traer de él el cadáver de Elpenor. Pronto abatimos los árboles que coronan el lugar más alto de la orilla, y con el corazón consumido por la nostalgia, sepultamos a Elpenor, derramando copiosas lágrimas. Cuando las llamas han consumido su cuerpo y sus armas, levantamos un túmulo coronado de una columna, y plantamos un ancho remo en la parte superior de la tumba.

«Así dimos cumplimiento a todas las cosas; Circe, entre tanto, habiéndose enterado de nuestro regreso de los infiernos, se apresuró a venir para ofrecemos alimentos; las sirvientas que la acompañaban trajeron pan, manjares en abundancia y el centelleante vino. De pie en medio de ellas, la diosa nos dijo estas palabras:

«¡Ah, desdichados!, aun cuando estáis llenos de vida, habéis descendido al reino de Hades, y sois doblemente mortales, mientras que los otros hombres no mueren más que una vez. Pero tomad ahora el alimento, bebed el vino, y descansad aquí todo el día. Mañana, al despuntar la aurora, continuaréis bogando; yo os indicaré la ruta, y os lo haré conocer todo, para que con pérfidos consejos no experimentéis ninguna desgracia en tierra ni sobre las olas del mar.

«Así habla la diosa, y nosotros cedemos de buen grado a su parecer. Durante todo el día, y hasta que el sol se pone, saboreamos los suculentos manjares y el vino delicioso; cuando el sol desaparece y las tinieblas cubren la tierra, mis compañeros se entregan al descanso junto a las amarras de la nave. Entre tanto, la diosa, cogiéndome de la mano y llevándome aparte de todos los míos, me dirige la palabra y me interroga acerca de todo; yo le cuento todas las cosas con detalle. Entonces la augusta Circe me dirige las siguientes palabras:

«Ulises, es cierto, todas esas cosas deben cumplirse como tú dices; ahora escucha mis consejos, un dios hará que los recuerdes. Primero encontraréis a las Sirenas, que seducen a todos los hombres cuando se acercan a ellas. Pero aquel que, impulsado por su imprudencia, escuche a las Sirenas, no verá nunca más en su casa a su esposa, ni a sus hijos sentados a su lado; no disfrutarán del regreso. Las Sirenas, recostadas en un prado, le seducirán con sus voces armoniosas; alrededor de ellas hay montones de huesos y carnes secas de los hombres a los que ellas hicieron perecer. Evitad esas orillas, y tú taparás los oídos de tus compañeros, amasando una blanda cera, para que ninguno de ellos pueda oírlas. Solamente tú podrás escucharlas, si lo deseas; pero en tu nave ellos atarán tus pies y tus manos al alto mástil; allí mismo te cargarán de cadenas, para que puedas gozar escuchando a las Sirenas. Entonces, si tú suplicas a tus compañeros, si les ordenas que te desaten, ellos te atarán todavía con nuevas cadenas.

«Cuando tus marineros hayan evitado esas costas, yo no puedo indicarte con exactitud cuál es el camino que debéis seguir, tendrás que aconsejarte con tu propio valor; yo os diré, pues, alguno que otro escollo. Allí hay unas rocas envueltas en nubes, alrededor de las cuales rugen las encolerizadas olas de Anfitrite; los dioses las llaman las Errantes. Ninguna ave puede franquearlas, ni siquiera las tímidas palomas que llevan la ambrosía al poderoso Zeus; pero cada vez la roca unida se apodera de una de ellas. Entonces Zeus produce otra, para que sean en igual número. Ninguna nave que se aproxima a esas rocas puede evitar la ruina; en el mismo instante las olas del mar y las tempestades de devoradora llama se llevan las planchas de las naves y los cadáveres de los marineros. Solamente una nave logró franquear ese paso, la nave Argo, cara a todos los inmortales, porque regresaba del país de Actes; rozó ligeramente esas enormes rocas, porque Hera hizo que las evitase, ya que Jasón gozaba del favor de esta diosa.

«Allí hay dos escollos. El uno con su aguda punta toca los vastos cielos, una sombría nube lo envuelve; jamás se ha disipado, jamás brilla la serenidad en lo alto de ese escollo, ni en verano ni en otoño. Ningún hombre podría subir allá arriba ni podría volver a bajar, aun cuando tuviese veinte brazos y veinte pies; porque esa roca es lisa, y parece haber sido cuidadosamente bruñida. En medio del escollo hay una caverna oscura, vuelta hacia poniente, hacia el Erebo: es allá adonde tienes que dirigir tu nave, noble Ulises. Un hombre joven que desde su nave disparase una flecha, no llegaría al fondo de esa gruta. En esos lugares habita Escila, que profiere espantosos rugidos; su voz es como la de un joven león. Ella misma es un monstruo funesto; ningún mortal goza en verla, aun cuando un dios la atacase. Tiene doce garras terribles, y seis cuellos de desmesurada largura; a cada uno de ellos está unida una cabeza horrible, donde aparece una triple hilera de dientes, apretados y numerosos, mansión de la negra muerte. La parte central de su cuerpo está sumida en el interior de la vasta caverna; pero fuera de ese abismo saca sus abominables cabezas, y paseándolas en derredor del escollo, devora los delfines, los perros de mar, a veces engulle las más enormes ballenas que Anfitrite quejumbrosa alimenta a millares. No hay ningún navegante que pueda jactarse de haber evitado al monstruo; pero éste, cogiendo un hombre con cada una de sus cabezas, lo arrebata a la espaciosa nave.

«El otro escollo, Ulises, es más bajo, y está muy cerca del primero; está al alcance de una flecha. En su parte superior hay una higuera frondosa; debajo de esa higuera se encuentra la formidable Caribdis, que engulle la negra onda. Tres veces al día la expulsa, y tres veces la devora con estrépito; debes temer pasar junto a ella en el momento en que está engullendo las aguas; nadie te arrancaría a la desgracia, ni siquiera el poderoso Posidón. Aproxímate, pues, a Escila; dirige tu nave rozando el escollo; es muy preferible lamentar la pérdida de seis compañeros que perecer todos juntos.

«Dijo, y yo le respondí de esta manera:

«Diosa, dime la verdad: puesto que yo evitaré a la funesta Caribdis, quisiera combatir al otro monstruo cuando ataque a mis compañeros.

«jAh, desdichado! ?exclama en seguida aquella divinidad? los trabajos y los peligros de la guerra constituyen tu único cuidado. ¡Qué! ¿No cederías ni siquiera a los dioses mismos? Escila no está sujeta a la muerte; es un monstruo inmortal, terrible, espantoso, cruel, al que no es posible combatir. Allí toda fuerza resulta inútil; lo más seguro es la huida. Si te entretienes armándote contra esa roca, temo que, abalanzándose de nuevo, Escila engulla tantos compañeros tuyos como cabezas tiene ella. Navegad, pues, rápidamente, implorando a la madre de Escila, Cratais, la cual alumbró ese terrible azote para los mortales; sólo ella impedirá que el monstruo se lance en vuestra persecución.

«Finalmente llegarás a la isla de Trinaquia; por allí pasan las numerosas novillas y las pingües ovejas del Sol, siete rebaños de cincuenta novillas cada uno, Y el mismo número de ovejas de deslumbrante vellocino; no se reproducen entre sí, y sin embargo, su número jamás disminuye. Hay unas diosas que cuidan de ellos; dos ninfas de hermosa cabellera, Faetusa y Lampecia, concebidas del Sol por la divina Neera. Su augusta madre las alimentó, las educó, después las envió lejos de ella para que habitasen la isla de Trinaquia confiándoles la guarda de las ovejas de su padre y de sus bueyes de curvos cuernos. Si haces que esos rebaños no sufran daño alguno, puedes pensar en el retorno, y todos, después de padecer muchos males, llegaréis a Itaca; pero si esos rebaños son atacados, te predigo la pérdida de tu nave y de tus compañeros; solamente tú te salvarás de la muerte; pero no llegarás, más que con dificultad y tardíamente, después de haber perdido a todas tus naves.

«Dijo, y en seguida apareció la Aurora en un trono de oro. La augusta diosa se aleja atravesando su isla; y yo, entre tanto, dirigiéndome hacia mi nave, ordeno a mis compañeros que embarquen y que desaten los aparejos. Se apresuran a subir a bordo, y se sientan en los bancos; sentados todos en orden, golpean con sus remos el mar espumoso. Detrás de la nave de azulada proa se levanta un viento propicio que nos envía Circe, diosa augusta de voz melodiosa. Tan pronto como hemos dispuesto todos los aparejos en el interior de la nave, nos sentamos en ésta, dirigida por los vientos y por el piloto; entonces, a pesar de mi dolor, dirijo a mis compañeros las siguientes palabras:

«Oh amigos míos, no es preciso que uno o dos solamente sean instruidos acerca de los oráculos que me ha revelado Circe, diosa ilustre; os los diré, pues, con objeto de que sepáis si pereceremos o si, pudiendo evitar el peligro, escaparemos al destino de la muerte. Ante todo, Circe nos ordena evitar la voz de las divinas Sirenas y sus prados esmaltados de flores; solamente a mí me ha concedido el poder escucharlas; pero vosotros tenéis que atarme con fuertes cadenas al mástil elevado, para que quede inmovilizado; allí mismo me cargaréis de cadenas. Si os imploro, si os mando que me desatéis, todavía me mantendréis atado con nuevas cadenas.

«Así era como yo iba informando a mis compañeros de todo cuanto yo sabía; entre tanto, la nave llega prontamente a la isla de las Sirenas, porque estaba impulsada por un viento favorable. Pero pronto deja de soplar el viento, y la calma se difunde en los aires; las aguas son adormecidas por un dios. Los marineros entonces, levantándose, pliegan las velas y las depositan sobre la nave; después van a sentarse junto a los remos y la onda se vuelve blanquecina bajo sus esfuerzos. Yo, entre tanto, con mi espada de cobre parto en trozos una gran masa de cera, que aprieto en mis manos vigorosas; la cera se ablanda en seguida, porque yo ponía mucha fuerza en ello, y brillaba la luz del potente Sol, hijo de Hiperión; unté con esta cera los oídos de todos mis compañeros puestos en fila. A continuación, ellos me atan los pies y las manos al elevado mástil; allí mismo me cargan de cadenas, y volviéndose a sentar, golpean con sus remos el mar espumoso. Cuando nos habíamos alejado solamente la distancia a la cual puede llegar la voz, prosiguiendo nuestra ruta con facilidad, nuestra rápida nave, que se ha acercado a la orilla, no puede escapar a las miradas de las Sirenas; éstas en seguida dejan oír este canto melodioso:

«Acércate, ven a nosotras, célebre Ulises, gloria grande de los griegos, detén aquí tu nave para escuchamos. Ningún hombre ha franqueado estos lugares sin haber oído la voz melodiosa que se escapa de nuestros labios; aquel que cede a nuestros deseos, regresa encantado a su patria, sabiendo muchas cosas. Nosotras sabemos todo lo que en la vasta Ilion han padecido los griegos y los troyanos por la voluntad de los dioses; sabemos todo cuanto acaece en la tierra fecunda.

«Así hablaron las Sirenas con voz melodiosa. Mi corazón deseaba escucharlas, y haciendo señas con mis ojos a mis compañeros, les mandaba que me desatasen; pero ellos, encorvándose, remaban con mayor ardor. En el acto, Euriloco y Perimedes se levantan, me cargan de nuevas cadenas, y me aprietan todavía más. Cuando hubimos franqueado aquellos parajes, y ya no se oyó más la voz de las Sirenas ni su canto seductor, mis compañeros quitaron la cera que tapaba sus oídos y a mí me quitaron las cadenas.

«Apenas nos encontramos a alguna distancia de aquella isla, cuando distinguí un humo denso, unas inmensas olas, y oigo un terrible ruido; los remos se les escapan de las manos a los marineros, asustados, y por doquier resuenan con estrépito las olas; la nave permanece inmóvil, porque con sus manos ya no agitan los largos remos. Yo, entre tanto, recorriendo mi nave, animaba a mis compañeros con palabras tranquilizadoras, y decía, dirigiéndome a cada uno de ellos:

«Oh, amigos míos, no carecemos de la experiencia de los peligros; esta desgracia no es mayor que la que sufrimos cuando el Cíclope, con su terrible fuerza, nos encerró en su profunda caverna; sin embargo, en aquella ocasión, por mi valor, mis consejos y mi prudencia, fuimos salvados, y sin duda, creo que os acordáis de ello. Ahora, por lo tanto, valor, obedeced todos a mi voz. Inquebrantables en los bancos, batid con vuestros remos el vasto seno de los mares, y quiera Zeus concedemos el huir y evitar la muerte. En cuanto a ti, piloto he aquí mis órdenes; guárdalas en tu alma, puesto que tú diriges el timón de la nave: mantén siempre la nave alejada de aquella espesa niebla y de aquellas mugientes olas; observa atentamente aquel escollo, no sea que si lo pierdes de vista, al lanzarte hacia aquellos parajes, tú nos precipites en el abismo.

«Tales fueron mis discursos; ellos obedecen prontamente a mis palabras. No obstante, yo no les hablé de Escila, desgracia inevitable, temiendo que los marineros, asustados, abandonasen los remos para refugiarse al fondo de la nave. Pero entonces yo mismo olvido las órdenes que me dio Circe de que no me armase; me revisto de mis armas resplandecientes, y tomando en mis manos dos largas jabalinas, subo a la proa, hacia la punta de la nave; allá yo esperaba primeramente divisar la inflexible Escila, que había de dar la muerte a mis compañeros: pero no pude descubrirla; y sin embargo, fatigué mis ojos mirando por todas partes alrededor de aquella tenebrosa caverna.

«Penetramos gimiendo en el estrecho; por una parte está Escila, por la otra la temible Caribdis, que devora con fragor la onda amarga. Cuando la devuelve, semejante a la cuba colocada sobre una gran lumbre, él murmura en un gran hervor; la espuma se lanza por los aires hasta la cima elevada de uno y otro escollo. Pero cuando nuevamente el monstruo engulle la onda amarga, todo el interior parece estar hirviendo; alrededor de la roca resuena un ruido terrible, y en el fondo del abismo la tierra deja aparecer una arena azulada. Los marineros están aterrados. Así considerábamos nosotros aquel escollo, temiendo la muerte; Escila, durante ese tiempo, arrebata de la nave a seis de mis compañeros, los más célebres por la fuerza de sus brazos y por su valor varonil. Entonces, mirando el lugar de la nave donde se encontraban aquellos desventurados, los distingo a lo lejos, agitando pies y manos por encima de las ondas; implorándome me llaman uno tras otro por última vez, con el corazón transido de dolor. Cuando, sobre una elevada roca, el pescador, armado de una larga caña, y preparando un cebo engañador a los débiles habitantes de las aguas, arroja al mar el cuerno de un toro salvaje, pronto coge un pez que se agita expirando en la arena; así se agitan expirando mis compañeros arrastrados contra la roca. El monstruo, a la entrada de las cavernas devora a estos desdichados, que me tendían aún las manos en aquel horrible desastre. Nunca un espectáculo más triste se ofreció a mis miradas al recorrer los numerosos escollos del mar.

«Después de haber evitado los escollos de la terrible Caribdis y de Escila, llegamos a la isla magnífica de un dios; es allí donde se encontraban las hermosas novillas de ancha cerviz y las numerosas ovejas del Sol. Yo mismo entonces, desde alta mar, hallándome aún a bordo de mi nave, oí el rugido de aquellas novillas en su establo, y el balido de las ovejas. En seguida vínome al pensamiento lo que me dijeron el divino ciego, el tebano Tiresias, y Circe, hija de Ea, recomendándome por encima de todo que evitase la isla del Sol, bienhechor de los hombres. Así, pues, dije lo siguiente a mis compañeros, con el corazón abrumado por la tristeza:

«Escuchad mis consejos, amigos míos, sean cuales fueren vuestras desdichas. Os diré los oráculos de Tiresias y de Circe, hija de Ea, quienes me recomendaron por encima de todo que evitase la isla del Sol, bienhechor de los hombres; ya que es allí, me dijeron, donde hemos de experimentar los mayores males; dirigid, pues, la negra nave lejos de dicha isla.

«Al oír esta orden, su alma está transida de dolor. De pronto, Euriloco me dirige estos amargos reproches:

«Despiadado Ulises, tu fuerza es sin medida, y tú no puedes fatigar tus miembros; sí, sin duda, todo tu cuerpo es de cobre, porque no permites a tus compañeros, vencidos por la fatiga y el sueño, que toquen a aquella orilla. Por lo menos en aquella isla prepararíamos la agradable cena; pero es en vano, tú nos mandas navegar durante la noche, y que erremos lejos de aquella isla por el mar tenebroso. No obstante, es durante las noches que se levantan los vientos tempestuosos, ruina de las naves. ¿Cómo evitar la muerte, si de pronto sobreviniese la impetuosidad de los vientos, del violento Céfiro y del Noto, ellos que sobre todo son capaces de destrozar una nave, a pesar de la voluntad de los dioses protectores? jAh! Más bien obedezcamos ahora a la noche, y preparemos la cena, quedándonos en nuestra nave; mañana, al despuntar la aurora, nos haremos a la vela y navegaremos sobre el vasto mar.

«Así habla Euriloco; todos los otros compañeros le aplauden. Yo conocí entonces que un dios estaba meditando nuestra ruina.

«Euriloco, exclamé yo en seguida respondiéndole?, tú me obligas, siendo el único de mi parecer; pero por lo menos, juradme todos ahora con un juramento terrible, que si encontráis una manada de bueyes, o bien un gran rebaño de ovejas, ninguno de vosotros, por una imprudencia funesta, inmolará, ya sea una novilla, ya sea una oveja; pero, tranquilos, comed de las provisiones que nos dio la inmortal Circe.

«Tales fueron mis palabras; ellos en seguida juraron como yo les había mandado. Cuando hubieron hecho la promesa y prestado el juramento, pusieron la nave en el recinto del puerto, cerca de una fuente de agua dulce; a continuación salen de la nave y preparan la cena. Cuando hubieron calmado el hambre y la sed, lloraron acordándose de los amigos que habían sido devorados por Escila, que los arrebató de la espaciosa nave. Vino finalmente el dulce sueño, mientras estaban aún llorando. Era la tercera parte de la noche; los astros iban a su ocaso, cuando Zeus, levantando un viento impetuoso con una espantosa tempestad, envuelve en nubes la tierra y el mar; la noche se precipita desde el cielo. Al día siguiente, al despuntar la Aurora de rosados dedos, ponemos al abrigo nuestra nave arrastrándola hacia una gruta profunda; allí había las bellas danzas de las ninfas y sus tronos; entonces, habiendo reunido la asamblea, les dirijo la palabra en los siguientes términos:

«Amigos, en la nave ha quedado todavía comida y bebida, abstengámonos de esos bueyes, no sea que tengamos que padecer; porque son las novillas y las pingües ovejas de un dios temible, del Sol, que ve y conoce todas las cosas.

«Así hablaba yo; y el alma de ellos se dejó persuadir fácilmente. Durante un mes entero, el infatigable Noto no cesó de soplar, ningún viento se levantó, si no es el Euro o el Noto. Mientras mis compañeros encontraron pan y vino, se abstuvieron de los rebaños del Sol, deseando solamente vivir; pero cuando todas las provisiones faltaron en nuestra nave, entonces, errantes por necesidad, buscando alguna presa, trataban de coger los pájaros o los peces con el curvo anzuelo; el hambre devoraba sus entrañas. Yo entre tanto recorría el interior de la isla, e imploraba a los dioses, para que alguno de ellos me indicase el camino de retorno. Un día en que yo andaba errando por la isla, me había alejado de mis compañeros, y habiéndome lavado las manos en un lugar resguardado del viento, dirigí mis plegarias a todos los dioses que habitan el Olimpo; ellos entonces difundieron un dulce sueño sobre mis párpados. En aquel momento, Euriloco da a mis compañeros este funesto consejo:

«Escuchad mi voz, a pesar de los males que nos abruman; sin duda todas las muertes son odiosas a los desdichados humanos, pero sucumbir al hambre es la muerte más espantosa y el peor de los destinos. Venid, pues, y escogiendo de entre los bueyes del Sol los más hermosos, sacrifiquémosles a los inmortales que habitan los vastos cielos. Si volvemos a Itaca, nuestra patria querida, construiremos para el Sol un suntuoso templo, en el cual colocaremos adornos numerosos y magníficos; pero si esa deidad, encolerizada por la pérdida de sus soberbias novillas, quiere destrozar nuestra nave, y los otros dioses lo consienten, yo prefiero en un instante perder la vida en medio de las olas a perecer lentamente quedándonos en esta desierta isla.

«Así habla Euriloco; todos mis otros compañeros aplauden. En seguida, escogiendo muy cerca de ellos las más bellas novillas del Sol (estos soberbios rebaños pacían no lejos de nuestra nave), se apoderaron de ellas y rogaron a los dioses, cortando el tierno follaje de una encina de elevada topa; porque en la nave ya no quedaba nada de blanca cebada. Cuando han terminado las plegarias, degüellan las víctimas, las envuelven en grasa, y por dos veces las recubren de palpitantes jirones; pero como ya no les queda vino para hacer las libaciones sobre el holocausto encendido, asan las carnes rociándolas con agua. Cuando los muslos han sido consumidos, y ellos han saboreado las entrañas, dividen los restos de la víctima, y los traspasan con largas puntas de hierro.

«En ese momento, el dulce sueño se escapa de mis párpados, y yo me encamino hacia la nave, cerca de la orilla del mar. Pero al aproximarme a la espaciosa embarcación, el agradable olor del humo se esparce a mi alrededor; de pronto, gimiendo me dirijo a los dioses inmortales:

«Gran Zeus, vosotros todos, dioses bienaventurados, cuya existencia es eterna, es para perderme que me habéis sumido en ese pérfido sueño, y mis compañeros, que se quedaron en la playa, han cometido una acción horrenda.

«Pronto Lampecia, mensajera rápida, cubierta de largo velo, anuncia al Sol que hemos inmolado sus novillas. En seguida, con el corazón inflamado de cólera, dirige a los dioses las siguientes palabras:

«Zeus poderoso, vosotros todos, dioses bienaventurados, cuya existencia es eterna, castigad a los compañeros de Ulises, hijo de Laertes, los cuales, llenos de audacia, dieron muerte a mis novillas, en las cuales yo me complacía, cuando yo me elevaba en los cielos estrellados, y también cuando, desde lo alto de la bóveda celeste, volvía a la tierra. Si no concedéis una justa reparación por la pérdida de mis novillas, yo descenderé a la morada de Hades, y me pondré a brillar en medio de los muertos.

«Oh Sol le responde en seguida el formidable Zeus, continúa iluminando a los dioses y a los débiles mortales sobre la tierra fecunda; pronto, hiriéndola con mi centelleante rayo, destrozaré su rápida nave en medio del mar tenebroso.

«Es de la bella Calipso de quien supe todas estas cosas; ella misma me dijo haberlas sabido de Hermes, el mensajero de los dioses.

«Cuando llegué a la orilla, cerca de mi nave, abrumé, uno tras otro, a todos mis compañeros, con los más violentos reproches; pero ya no podíamos encontrar remedio alguno, una vez degolladas las novillas. En aquel instante, los dioses nos hicieron ver espantosos prodigios; las pieles se arrastraban por el suelo; alrededor de los asadores mugían las carnes ya asadas y las carnes todavía crudas, como si fuera la voz de los bueyes.

«Por espacio de seis días enteros, mis compañeros se entregaron a 1os festines, escogiendo entre las más hermosas novillas del Sol; pero cuando Zeus hubo traído el día séptimo, los vientos se apaciguaron y cesaron de levantar la tempestad; pronto nos embarcamos, después de botar la nave en el mar, luego, habiendo levantado el mástil, desplegamos las blancas velas.

«Cuando nos encontrábamos a cierta distancia de la isla y ya no veíamos tierra, sino únicamente el cielo y las olas, el hijo de Cronos envuelve nuestra nave en una espesa niebla; todo el mar queda sumido en tinieblas. La nave no prosigue mucho tiempo su ruta; de pronto, el ruidoso Céfiro se precipita provocando una fuerte tempestad; el ímpetu del viento rompe las jarcias que por ambos lados sujetan el mástil; éste cae hacia atrás, y todos los aparejos son arrojados al fondo de la nave; al caer el mástil hacia la proa de la nave, da en la cabeza del piloto, y por la violencia del golpe, le rompe el cráneo; como un somormujo es precipitado desde la cubierta, y la vida le abandona. En aquel mismo instante, Zeus hace retumbar el trueno y lanza un rayo sobre la nave; alcanzada por los dardos de Zeus, la nave gira como en un torbellino, llena de una nube de azufre; mis compañeros caen de la nave. Semejantes a cornejas marinas, alrededor de la nave, son arrebatados por las olas; un dios les priva para siempre del retorno.

«Habiendo quedado solo, yo recorría a grandes pasos mi nave, cuando un torbellino rompe los costados de ésta; las olas se llevan la quilla. El mástil es arrancado; sin embargo, de ese mástil pendía una larga correa, despojo de un toro; en seguida procedo a juntar el mástil con la quilla; sentado sobre estos restos de la embarcación, me abandono a la merced de los vientos impetuosos.

«El Céfiro había cesado de provocar la tempestad; pronto llega el rápido Noto, el cual, trayendo el dolor a mi alma, me hace temer que tendré que luchar aún contra la odiosa Caribdis. Durante toda la noche, soy juguete de las olas; tan pronto como el sol aparece en el oriente, yo llego al estrecho de Escila, temible escollo, y de la horrible Caribdis, la cual en aquel momento estaba engullendo la salada onda del mar; entonces, lanzándome hacia una alta higuera, permanezco aferrado fuertemente a ella, como un murciélago; pero allí no tenía yo ningún apoyo, ni para afianzar mis pies, ni para elevarme; las raíces estaban alejadas, y también se encontraban a gran distancia las vastas ramas que con su sombra cubrían el abismo de Caribdis. Permanecí, pues, con constancia, hasta el momento en que el monstruo expulsara de su seno el mástil y la quilla; finalmente los veo salir, y los estaba esperando con impaciencia. En el instante en que el juez abandona la asamblea para ir a cenar, después de poner fin a las diferencias de unos jóvenes bulliciosos, Caribdis hace reaparecer ante mis ojos las tablas de mi nave; en seguida, extendiendo los pies y las manos, caigo con gran ruido en el mar, muy cerca de las anchas tablas, y sentándome sobre aquellos restos, con ambas manos voy remando haciendo grandes esfuerzos. El padre de los dioses y de los hombres no permitió que en aquel momento Escila me descubriese; ya que entonces yo no habría podido evitar la espantosa muerte.

«Durante nueve días fui el juguete de las olas; pero a la décima noche los dioses me empujaron hacia la isla Ogigia, donde habita la bella Calipso, diosa poderosa, de melodiosa voz, la cual me acogió y me colmó de bienes. ¿Pero, por qué he de volver a contar toda esta aventura? Ayer, en este palacio, te la relaté, y también a tu noble esposa; me resulta penoso volver sobre sucesos ya referidos.»

Disponible en: <https://www.imperivm.org/la-odisea-de-homero-canto-xii-las-sirenas-escila-caribdis/>

**Texto 3: Capítulo VIII “Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento” Fragmento del Ingenioso Hidalgo Quijote de la Mancha**

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—No huyan, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Se levantó en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válgame Dios! —dijo Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo16 han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre «Machuca», y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante «Vargas y Machuca». Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a verlas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho—. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se curó el arriero de etas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento —a lo que pareció— en su señora Dulcinea, dijo:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado —porque aún estaba aturdido el arriero—, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la hermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores36, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

—Pero de vosotros, soez y baja, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego40, antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Le dijo como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, excepto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso de esto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y le dio sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo53. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo54, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don y se llamase «doña Tolosa»56. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Le preguntó su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él y, abrazando a su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora.

Disponible en: <https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/cap03/default.htm>